

¡Y qué terrible cuando Dios intima  
A Israel sus decretos de venganza,  
*Vuelta la espalda á la infeliz Sólima!*

De Carpio el nombre excede á mi alabanza,  
Que á celebrar su ingenio soberano  
No el bajo vuelo de mi pluma alcanza.

Con la noble modestia del cristiano  
Toma en las aulas distinguido asiento,  
Limpio su corazon de orgullo vano;

Y sin turbarse el postrimer momento  
Aguarda, en que se apague dé la vida  
La llama, al soplo de ligero viento.

La muerte, por ninguno detenida,  
Encuentra de la viña al operario  
Con la cruz y la lámpara encendida.

Pensando en las angustias del Calvario  
En lágrimas deshácense sus ojos,  
Y lo bendice el ángel del Santuario.

Y cesan para siempre sus eñojos,  
Que á la primera luz del nuevo dia  
Abandona á la tierra sus despojos.

Y á su cantor la virginal María  
Traslada á las regiones de la gloria,  
Que por ella en amor su pecho ardia.

¡Feliz quien como Carpio la victoria  
Obtenga en este valle de dolores!  
Cual la dél será eterna su memoria,  
Mas grata que el perfume de las flores.

Febrero 28 de 1860.

JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.

## EN LA MUERTE

DEL SR. DON

# MANUEL CARPIO.

Saber y rectitud, virtudes pías,  
Fama inmortal, le dieron su aureola:  
Su vida se extinguió, cual mansa ola,  
De la muerte al besar las playas frias.

Para ensayar sus santas melodías  
Alimentó en su ser la llama sola  
Que el alma purifica y acrisola,  
Cual un tiempo los labios de Isaías.

Guardó el sepulcro la materia impura,  
Y allí la gloria y la amistad terrena  
Palmas llevan y lágrimas de duelo;

Mas el alma con blanca vestidura  
Vuela al seno de Dios, y Dios la ordena  
Seguir cantando en la region del cielo.

J. M. ROA BÁRCENA.



EN LA MUERTE

DEL EXCELENTE POETA

D. MANUEL CARPIO.

To native dust non waster the mortal frame,  
And nought survies the poet but his fame.

BECKINGHAM.

Ley forzosa es morir! El tiempo crudo  
Toda materia vil en polvo torna;  
Y con igual segur corta la parca,  
En giro eterno y mudo,  
El cuello del pastor y el del monarca.

Mas la huesa dó el vulgo se confunde,  
Sima de olvido es: miéntra en la tumba  
Dó el saber, la virtud ó el genio se hunde,  
Crece mayor su nombre,  
Sobra á la envidia ruin su justa fama,  
Y la inmortalidad su gran renombre  
Sobre siglos y cielos encarama.

Noble cantor, de cuya infausta muerte  
El mexicano suelo se lamenta  
(Tan usado á rigores del destino  
Que en él la copa de infortunio vierte)  
Tú, robado al fragor de la tormenta  
Para la calma del Eden divino,  
Pagaste á tiempo el natural tributo.  
Queda á tu patria tu radiante gloria,  
A la tierna amistad perenne luto,  
Y á la virtud dulcísima memoria.

Del sacro númen que tu acento anima  
Cuando, de edades bíblicas vestigio,  
Del Gólgota recuerda el gran prodigio,  
O el terrible escarmiento de Solima;  
La fatídica frase que del muro  
En el festin de Babilonia emerge,  
O el mar que se abre, y en su centro oscuro  
Ira y poder de Faraon sumerje:  
Del himno hermoso en que á tu patria bella  
Proclamas reina de la indiana zona,  
O el ingente volcan pintas que de ella  
La indescriptible magestad corona:  
De cuantos versos en raudal sonoro  
Tu rica inspiracion al viento esparce,  
México guardará como un tesoro  
La dulce remembranza; y con tristura  
Contemplará, en tu humilde sepultura,  
Mudas las cuerdas de tu lira de oro.

De sus valles floridos en los ecos,  
De sus lóbregas grutas en los huecos,  
En sus montes y selvas seculares  
Retumbará el murmurio de tu gloria,  
Mientras pura, sin mengua,  
Siquier conserven mexicanos lares  
De España noble religion y lengua.



Mas si el pérfido amago  
 Que tu patriota corazon temia,  
 Tras luengos años de discordia impía,  
 De sangre y llama entre revueltas olas,  
 Tráe el imperio aciago  
 De extraño culto y habla . . . .  
 Tu gloria ¡buen cantor! náufraga tabla,  
 Se acogerá á las playas españolas.

Dios sabe el porvenir! De sus misterios  
 Nada la humana prevision atina:  
 Tórnanse ricos reinos cementerios;  
 Surjen vastos desiertos á naciones;  
 Una raza sucumbe, otra domina;  
 Ciegas, empero, dóciles legiones,  
 Todas van á un designio, oculto y sabio,  
 A dó el dedo de Dios las encamina.

Tal lo escuché del inspirado labio  
 Del vate cuya fama no rehusa,  
 Su silencio letárgico rompiendo,  
 Cantar ahora mi doliente musa.

Util ciencia y difícil profesando  
 Con tierno corazon y mano franca,  
 No de su pecho la quietud arranca  
 De oro codicia ó ambicion de mando;  
 Ni incienso de lisonja en los salones  
 Quemó del prócer opulento, altivo,  
 Ni aduló de la turba las pasiones:  
 Iguales fueron en su amor activo  
 Alcázar regio y mísero tugurio;  
 Y con la diestra generosa, que era  
 De la salud del cuerpo fausto augurio,  
 De su lira severa  
 Arrancaba las graves melodías  
 Que del alma, en el mundo pasajera,  
 Suavizan las mortales agonías.

Pero mi débil voz y el rudo canto,  
 De su valor no digno,  
 Sofoca y vence desbordado el llanto.  
 De redencion el venerando signo  
 Que del poeta ampara los despojos,  
 Manda que al cielo la amistad convierta  
 Confiado el corazon, tristes los ojos.  
 Miéntra en la tierra, de placer desierta,  
 Tejen las patrias musas su corona,  
 Mi espíritu allá sube;  
 Y sobre el arduo monte y densa nube,  
 Sobre el tropel de rutilantes astros  
 Que á los piés del Eterno se amontona,  
 Con entusiasmo férvido columbra,  
 Cuál de justos el gremio,  
 A dó su ardiente caridad le encumbra,  
 Discierne al bardo el suspirado premio.  
 Su espíritu la eterna ciencia alumbra,  
 Y en la arpa del querube  
 Torna á vibrar su armoniosa nota  
 Que el soplo de la muerte dejó rota.

Febrero de 1860.

C. COLLADO.



## POETA MEXICANO

**D. Manuel Carpio.**

¿Eres tú el vate que con tierno acento  
Sagrados cantos preludiando un día,  
Oír dejaste celestial concanto,  
Dulce, cual queja que murmura el viento,  
Triste, cual eco de la selva umbría?

¿Eres tú el ave, de la tierra encanto,  
Que hasta los cielos levantó su vuelo,  
Y oyendo el eco del celeste canto,  
Bajó, inspirada de entusiasmo santo,  
Trayendo al mundo la armonía del cielo?

¿Qué se hicieron tus dulces melodías?  
¿Dónde están esos cantos soberanos,  
Que al aire dabas, si cantar querías,  
Cuando, inspirado del Señor, cogías  
El arpa de David entre las manos?

Ora tierna tu voz, ora potente,  
Si al aire dabas el acento vago,  
Murmuraba en las aguas de la fuente,  
O imitaba los ecos del torrente,  
O el triste arrullo del dormido lago.

Si susurraba en el jardín frondoso  
Entre las frescas y esmaltadas flores,  
Deteníanse allí los ruiseñores,  
Que nunca oyeron canto mas hermoso,  
Ni acento tal para cantar amores.

Corriendo el velo de la edad pasada,  
Tu voz levantas en la altiva Roma,  
Y de Salein, también la infortunada,  
En la triste ruina abandonada,  
O en el lago desierto de Sodomá.

O bien los arenales solitarios  
Cruzás' d'ó yacé la infeliz Palmira,  
Y allí de sus soberbios santuarios,  
*En los grandes escombros funerarios*  
Dulce tu voz y con dolor suspira.

En las ruinas, ora, de Cartago  
Te sientas junto á Mario fugitivo,  
Y alzas tu acento por el aire vago,  
De la ciudad el merecido estrago,  
Tristé cantando y de su pueblo altivo.

Bajo el influjo de tu voz sonora  
Yo he discurrido, de la Siria ardiente,  
A la patria del Tasso encantadora,  
Y del palacio donde el grande mora  
A la choza infeliz del indigente.



Tú me llevastes entre el pueblo impío,  
 Y escuchando tu acento funerario,  
*Cubierto con el polvo del gentío,*  
 Subí por la carrera del Calvario  
 A la cumbre del Gólgota sombrío.

En ella vi al pueblo deicida  
 Mofar de Dios la angustia y el quebranto,  
 Y reir, con el alma empedernida,  
 Cuando Jesús al exhalar la vida  
 Pendiente estaba del madero santo.

Vi que á sus piés, doliente y silenciosa,  
 Suelto el cabello, y pálida María,  
 En escena tan triste y dolorosa,  
 Como Madre sufriendo y como Esposa,  
 Sus bellos ojos á Jesús volvía.

En calma se quedó naturaleza,  
 Sobre su tallo se doblaba el nardo,  
 Y cubierta de polvo y de tristeza,  
 Asomaba, mezquina, la maleza  
*Entre las grietas del peñasco pardo.*

Solitario en el valle no movía  
 Sus largas hojas el palmero esbelto;  
 Estaba triste y caluroso el día,  
 Y arrastrar, silencioso, se veía  
*Sus tibias aguas el Jordan revuelto.*

Poco despues, en tiempos mas cercanos,  
 Desde esa misma descarnada cima,  
 Vi cumplirse anatemas soberanos,  
 Y al empuje caer de los romanos,  
 Teñida en sangre, la infeliz Solima.

Tú me llevaste á Babilonia un día,  
 Contigo estuve en la terrible cena,  
 Y en la playa del Bósforo, sombría,  
 El rüido escuché que el "Turco" hacia  
*Arrastrando su alfange por la arena.*  
 . . . . .

Mas ¡ay! la muerte que con mano helada  
 Trueca en desdicha el mundanal contento,  
 En el umbral de la terrible nada,  
 Nubla en tus ojos tu postrer mirada,  
 Hiela en tus labios tu postrer acento.

Y allá en la orilla de la vida ignota,  
 Que al hombre justo le prepara el cielo,  
 Quedó tu lira abandonada y rota,  
 Cual blanca pluma que en el agua flota  
 De ave marina que levanta el vuelo.

Descansa en paz: bajo el cipres luctuoso  
 Deja la lira de divino acento;  
 Que en medio de este fúnebre reposo  
 Vendrá en la noche, tierno y cadencioso,  
 Entre sus cuerdas á gemir el viento.

Descansa en paz: la muerte, despiadada,  
 Solo deja la gloria de tu nombre;  
 Gloria que te acompaña en tu morada;  
 Que en el escaño de la tumba helada  
 Vive el poeta cuando el muere hombre.

México, 1860.

JOSÉ MARÍA ESTEVA.



## A LA MEMORIA

DEL ILUSTRE POETA

## D. MANUEL CARPIO.

## SONETO.

En alas de tu ardiente fantasía  
 Traspusiste los mares de Occidente,  
 Y en las remotas playas del Oriente  
 Su vuelo suspendió tu ingenio un día.

Allí de la *fatal* nación judía,  
 De David con el arpa reluciente,  
 Cantaste, ora la gloria indeficiente,  
 Ya el duro cautiverio y pena impía.

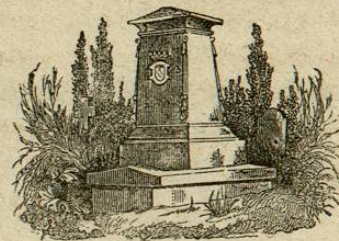
Osado luego al Gólgota subiste,  
 Del Hombre-Dios contando los tormentos  
 Y los martirios de la Madre triste:

De allí te arrebataron raudos vientos,  
 Y de pronto en el cielo apareciste  
 De Klopstock y Nahum en los asientos.

Febrero de 1860.

R. I. ALCARAZ.

Multitud de piezas literarias han aparecido en los periódicos á la memoria del Sr. Dr. D. Manuel Carpio, y sea cual fuere el mérito de ellas, siempre demuestran el gran concepto que éste disfrutaba en su país. Cuando los mexicanos se encuentran preocupados por las cuestiones políticas, que tantas lágrimas y sangre han hecho verter, es un verdadero consuelo el ver que se aprecia en lo que vale el mérito real. La envidia y la maledicencia suelen empañar las mejores reputaciones en la vida; pero cuando el hombre ha dejado de existir, y comienza el juicio severo é imparcial de la posteridad, es en extremo satisfactorio el considerar que solo se recuerdan hechos dignos de elogio. Esto ha sucedido con el Sr. Carpio. Cumplió con los deberes de buen padre, de buen esposo, de buen ciudadano, é ilustró su entendimiento para ser útil á los demas: dió honor á su nación, que agradecida, llora hoy sobre su tumba. ¡Quiera el cielo hacer fructificar las semillas del bien que aquel sembró, y que encontrando muchos imitadores, se multipliquen los motivos de nuestro orgullo nacional!







P  
Z  
U